

rían sido más útiles a pie de página para facilitar su consulta mientras se leen las dos obras de Champourcin.

Finalmente, este libro resulta útil para ahondar en la figura de la poeta vitoriana debido a los numerosos aspectos autobiográficos presentes en *La casa de enfrente* y *Mientras allí se muere*. Urioste-Azcorra apunta al respecto que, al igual que Camino, Champourcin trabajó durante la guerra como auxiliar de enfermería en un hospital (p. 12). En relación con *La casa de enfrente*, las muecas que padece la protagonista las sufría también la propia autora, como señala Carmen Baroja en sus memorias. Además, algunos elementos de la relación epistolar que Elena mantiene con Arturo —tales como la espera ansiosa de las cartas y su tratamiento como fetiches— se hallan en la correspondencia de Champourcin con Carmen Conde, como se aprecia en el epistolario de ambas, editado por Rosa Fernández Urtasun en 2007. En definitiva, gracias a la edición cuidadosa de Carmen de Urioste-Azcorra, el lector actual puede descubrir la prosa de Champourcin y adentrarse en el desarrollo de una identidad femenina que en el primer tercio del siglo XX desafiaba las convenciones sociales impuestas a la mujer burguesa.

Champourcin, Ernestina, María de Magdala, edición de Magdalena Aguinaga Alfonso, *Ariccia: Aracne Editrice*, 2015, 168 pp. ISBN: 978-88-548-7767-2

DOI 10.5944/rei.vol.3.2015.15437

Reseña de ROBERTA QUANCE

The Queen's University of Belfast

Con la publicación de esta segunda edición de *María de Magdala*, de Ernestina de Champourcin (1905-1997), se rescata para las letras españolas una novela casi desconocida de una de las poetas asociadas al grupo del 27 y se amplía nuestro conocimiento de la obra entera de la poeta, a quien se le conocía —aparte de dos fragmen-

tos de una novela perdida sobre la guerra civil, *Mientras allí se muere*— una sola novela completa, *La casa de enfrente* (Madrid, Editorial Signo 1936; 2ª. ed. Sevilla, Renacimiento, 2014). Se trata de un libro casi secreto y olvidado que apareció por primera vez en México en 1943, en Martínez Aguilar, y del que hoy resulta difícil encontrar un ejemplar. Aunque la página web de la Universidad de Navarra venía al menos desde el 2006 registrando el título entre sus fondos, procedentes del legado de la poeta, la obra no había suscitado la atención de ningún estudioso. Es de esperar que con la actual reedición, hecha sobre la base de la primera edición, se inicie una plena reevaluación de toda la prosa de Champourcin y se aproveche la oportunidad que nos brinda ahora Magdalena Aguinaga Alfonso para comprender mejor a esta escritora.

Se trata de una obra que parte de un tema central de la primera novela de Champourcin, *La casa de enfrente* o, para ser más exacta, del segundo apartado de esta, que lleva por título “María de Magdala.” Era este apartado con su núcleo autobiográfico acaso lo más logrado de una novela que mereció una reseña favorable por parte de Guillermo de Torre en *El Sol*. Pero la novela llevaba la fecha de mayo de 1936 y apenas si llegaría a los lectores, ávidos entonces de lo que producían las mujeres, antes de verse sumergida en la vorágine de la guerra. Tras el exilio de su autora (1939-1972) e incluso más allá de los setenta, no se volvió a hablar de esta obra. Torre había destacado el tema amoroso y el acertado retrato psicológico de la protagonista, una joven cuya formación intelectual era una compleja amalgama de feminismo y fervor religioso. En el apartado dedicado a la Magdalena la narradora evocaba el ambiente y los horizontes intelectuales de un convento de monjas donde se encontraba internada la joven Elena, una chica de la clase alta proclive a la mística.

Ya entrada en años Champourcin repudiaba esa primera novela (Checa 1998) y entre sus estudiosos, incomprensiblemente, hay quien la ha secundado, dando a entender que la novela era inmadura (Landeira 2005). ¿Se arrepentiría acaso la autora también de haber escrito *María de Magdala*? Lo cierto es que esta segunda novela no se la

mencionó a nadie y por tanto en España nadie se interesó por ella. Joy Landeira había tomado nota del título, pero como no dio con ningún ejemplar que correspondiera a ese nombre, acabó pensando que no sería más que un fragmento de la obra anterior. En un artículo posterior Aguinaga especuló que se trataba de “otro fragmento de una novela” (Aguinaga 2009: 16). Quien esto firma sacó una nota sobre la novela (junto a un extracto de la misma), tras localizar un ejemplar en una librería de viejo mexicana. La nota (Quance 2007) pasó desapercibida.

Aguinaga presenta esta segunda novela como una continuación de la otra y baraja la posibilidad de que Champourcin ya la llevara consigo como parte de su bagaje al exiliarse en México en 1939 (p. 15). No obstante, el tono de las dos obras es distinto y las aproximaciones a la figura de la santa también lo son. Hoy por hoy resulta casi imposible no advertir que entre el 36 y el 43 se debió haber producido un cambio muy hondo en cómo Champourcin contemplaba su formación religiosa, porque la primera novela destilaba ironía y esta no. La narradora de *La casa*, hablando en primera persona, al lanzarse al mundo se distanciaba del falso misticismo en que había caído cuando era joven, mientras que en *María de Magdala* la narradora omnisciente asume una postura mucho más cómplice con la fe de las jóvenes.

Como explica Aguinaga, en esta segunda novela Champourcin abandona la primera persona y el ejercicio autobiográfico para recrear la historia de la conversión de la Magdalena a la palabra de Cristo. No sabemos —reconoce— por qué Champourcin eligió volver sobre esta figura de su juventud o en qué circunstancias formularía el nuevo proyecto en prosa. La investigadora no ha encontrado ninguna documentación, entre los papeles depositados en la Universidad de Navarra, que le permitiera adelantar una opinión al respecto, pero es imposible no advertir un paralelismo entre la conversión de la Magdalena y la vuelta de la autora a la fe de su infancia. Nos recuerda Aguinaga que la conversión de Champourcin no se produce hasta 1948, según la propia autora, pero es significativo que ya en 1944 en la segunda serie de *Litoral* (núm. 2) se publique un poema suyo,

titulado “La verdad”, en que se vislumbra una íntima “congoja”: “Y no es tu sed de vida lo que abrasa/ en la noche tus curvas más secretas;/ es el ansia divina de entregarte / a algo infinito y puro igual que Dios” (Champourcin 1991: 39). Por eso no parece descabellado creer que esta novela, de signo tan distinto a la otra, que ironizaba sobre las prácticas religiosas inculcadas en las alumnas del convento —sus mortificaciones y sus desmayos—, marque un punto de inflexión en la trayectoria de la autora.

Coincido con Aguinaga en percibir un trasfondo social en la nueva orientación narrativa. Es evidente que la autora se sentía identificada con quien veía en el evangelio un mensaje de justificación de los pobres, así que Aguinaga nos recuerda oportunamente que el marido de Champourcin, Juan José Domenchina, consideraba que en México su mujer se había convertido en ‘una nueva pobre’ (p. 18). Es sabido que fue Champourcin quien en México sacó adelante al matrimonio; su conocimiento de idiomas —el inglés y el francés— le permitió situarse entre los traductores más destacados para editoriales como el Fondo Económico de Cultura (Aguinaga 2009).

Aguinaga reivindica la calidad literaria de la novela, comparando su prosa a la de Gabriel Miró, tan admirado por Champourcin, y señala con mano segura cuál es el marco bíblico del que se vale. (Son especialmente útiles a ese respecto sus notas a pie de página). El punto de partida es principalmente la historia de la Magdalena tal y como esta figura se evocaba en los ejercicios espirituales a los que Champourcin asistía de adolescente. La historia que tradicionalmente se ha tejido en torno a la Magdalena postula que ella es la mujer que protagoniza cuatro momentos señeros: es la “pecadora” hebrea de la que Jesús expulsó “siete demonios” (Lucas 8:2; Marcos 16:9); luego, en la casa de Simón el fariseo, es la mujer que lava los pies de Jesús con sus lágrimas y, tras secarlos con su pelo, los unge con nardo (Lucas 7:36—50). En Betania, le unge la cabeza, en un acto que Jesús interpretó como profecía de los últimos cuidados que le darían al morir (Juan 12; Mateo 26; Marcos 14). La Magdalena estuvo presente durante la Crucifixión —como recuerdan tantos viejos maestros —y por

último fue ella quien, a petición del Cristo, salió a difundir la noticia de su Resurrección (Juan 20; Marcos 16:9).

A Champourcin le interesa cómo María de Magdala se convirtió a la palabra de Jesús y dota a su personaje de una historia interior de la que la figura bíblica carecía. Físicamente se la imagina como una cortesana hermosa y exquisita que disfrutaba los máximos privilegios que otorgaran sus clientes, los patricios romanos, a las más experimentadas en el *ars amandi*. Su Magdalena es rica y se adorna con preciosos ropajes que realzan su rostro y su figura; al llegar al puesto relativamente alto que ocupa en su entorno, es objeto de envidias y murmuraciones, a causa de su belleza y su altivez. No la condena como pecadora, pues, Champourcin, ni la trata con condescendencia (se remite a los ejercicios del convento que la evocan como aristócrata innata), sino que indaga en los resortes íntimos de su carácter, en lo que la predispondría a la conversión. Porque, como lectora de Freud, Champourcin debió estar segura de que la respuesta a ese enigma se hallaría en la psique de la cortesana; tal es la naturaleza de lo que en la novela se llama “su mal”. Estaría convencida de que esa mujer, a la que no le faltaba nada en lo material, vivía alienada. Champourcin la pinta como un espíritu fino, curiosa por saber qué clase de amor está predicando el nuevo rabino, desconocido para ella, o bien como compañera compasiva que protege a una de las esclavas jóvenes del serrallo. Pero sobre todo y en su conjunto la representa como una mujer que se ha reservado y que no ha conocido el amor verdadero (por más que conozca el poder del *eros*) hasta que Jesús la mira y reconoce.

Hoy día se ha vertido mucha tinta en especular sobre el lugar de María de Magdala en el primer cristianismo y se ha retomado una vieja interpretación de su papel que ha ido ganando adeptos entre teólogas feministas: la idea de que María Magdalena fue el primer apóstol y que por lo tanto se podría elaborar una teología en torno a su mensaje, centrado no en la crucifixión sino en el hecho de que Jesús resucitara (Schaberg 2002). Champourcin recoge la vieja idea del apostolado de la Magdalena, pero lo hace casi como colofón, ateniéndose a una leyenda provenzal según la cual María Magdalena llegó

hasta el sur de Francia tras la muerte de Cristo para difundir la buena nueva. Por supuesto que nuestra autora no pudo conocer los evangelios apócrifos en que se basan las interpretaciones feministas, como el Evangelio de María Magdalena (publicado en 1955), ni podemos estar seguros siquiera de que le hubieran interesado a un miembro del Opus Dei, al que Champourcin se unió en 1952.

Pero el hecho de que Jesús se revelara como Cristo a una mujer es una idea cuya trascendencia no se le ha escapado. De acuerdo con la lógica de las bienaventuranzas, en las que el ser más humilde se antepone al potente, esta novela va dando cuerpo a la idea de que acaso la discípula más perfecta de Jesús fuera esta mujer. Amaba a su señor con todo el fervor del que un ser humano es capaz, pero lo hizo de una manera trascendida, purificándose en el sufrimiento mudo de los marginados.

Se puede leer esta novela como literatura, buena muestra de la prosa modernista, como subraya Aguinaga; como obra de devoción; o, según vengo sugiriendo, como una obra que difumina estas categorías. De lo que no cabe duda es de que ocupa un puesto clave en la bibliografía de la autora y de que, junto a su primera novela, nos permite comprender cómo Ernestina de Champourcin fue pasando de la poesía amorosa que escribía antes de la guerra a la que, andando el tiempo, reflejaría una nueva orientación. Pasó de hacer místico el amor humano —y de una novela, *La casa de enfrente*, que acusaba el inevitable fracaso de esa empresa— a la humanización de un amor místico.

Referencias bibliográficas

Aguinaga Alfonso, Magdalena (2009), “Una poeta del 27 olvidada: Ernestina de Champourcin”, en María Mercedes González de Sande ed., *Donne del Novecento 3: Donne, identità e progresso nelle culture mediterranee*, María Mercedes González de Sande, ed., Roma: Aracne Editrice, pp. 13-21.

Champourcin, Ernestina de (1936), *La casa de enfrente*, Madrid: Signo.

--- (1943), *María de Magdala*, dibujos de J. Martínez Sotos, México: Proa.

--- (1991), *Poesía a través del tiempo*, ed. de José Angel Ascunce. Barcelona: Anthropos.

Checa, Edith (1998), “Ernestina de Champourcin. Olvidada entre los equívocos linderos de la Generación del 27.” *Espéculo*, 9. Disponible en https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero9/e_champ2.html (consultada el 17 de octubre de 2015)

Ladeira, Joy (2005), *Ernestina de Champourcin. Vida y literatura*, Ferrol: Sociedad de Cultura Valle-Inclán.

Quance, Roberta (2007), “Una novela desconocida de Ernestina de Champourcin: María de Magdala [1943]”, *Revista de Erudición y Crítica* [Madrid], 3, pp. 101-110.

Schaberg, Jane (2002), *The Resurrection of Mary Magdalene. Legends, Apocrypha, and the Christian Testament*, Nueva York y Londres: Continuum Books.

Torre, Guillermo de (1936), “Dos libros de Ernestina de Champourcin. Poesía y novela de amor”, *El Sol*, 13 de junio, p. 2.

Silva, Fabio Mario da, *A Autoria Feminina na Literatura Portuguesa. Reflexões sobre as teorias do Cânone*, Lisboa: Edições Colibri, 2014. 200 págs. ISBN: 978-989-689-443-6

DOI 10.5944/rei.vol.3.2015.15161

Reseña de PEDRO ÁLVAREZ-CIFUENTES

Universidad de Oviedo

El frecuente desconocimiento de la producción literaria en lengua portuguesa por parte del público y la crítica internacionales –no solo españoles, una situación a dos bandas que ya ha acabado por convertirse en

manido tópico– no siempre parece tener su origen en la relativa “cultural belatedness” aducida por E. R. Curtius (1953). Sea cual sea su primera causa, este papel periférico de la literatura portuguesa implica una considerable laguna en el panorama general de los estudios ibéricos y románicos. Ni siquiera la epopeya ultramarina de *Os Lusíadas* de Luís de Camões –la denominada “Bíblia da Nacionalidade Portuguesa”– ocupa el puesto merecido en el canon de la literatura universal, una circunstancia achacable al hecho “de ser canónica únicamente en el contexto de una literatura que ella misma no lo es” (Reckert 2001).

Aún más periférico, si cabe, es el lugar ocupado por la literatura escrita por mujeres en la historia de las culturas lusófonas. La publicación del libro titulado *A Autoria Feminina na Literatura Portuguesa. Reflexões sobre as teorias do Cânone*, del investigador brasileño Fabio Mario da Silva, contribuye a paliar este prolongado silencio sobre el papel desempeñado por las autoras de sexo femenino en el conjunto de la literatura portuguesa. Esta reciente monografía, abordada desde una perspectiva interdisciplinar e interdiscursiva, retoma la tesis doctoral de su autor, titulada *Cânone Literário e Esterótipos Femeninos: Casos Problemáticos de Escritoras Portuguesas* y defendida en la Universidad de Évora (Portugal) en 2013, en la que se reclamaba una nueva discusión crítica sobre “a problemática da invisibilidade das mulheres escritoras em Portugal” (p. 177). Uno de los principales puntos de interés de la propuesta de Silva reside en su doble dimensión teórica y práctica, ya que aúna la exposición de la teoría del canon literario y los estudios de género con una investigación de cariz novedoso que revisa la obra de autoras que escribieron en lengua portuguesa entre los siglos XVI y XX. No conviene olvidar que el derecho del acceso a la literatura (sea como lectoras o como escritoras) supone uno de los principales focos de inserción cultural de las mujeres, en un momento en el que, como argüía Maria Isabel Barreno (1985) “o que é visto, considerado ou interpretado como feminino é desvalorizado, porque se lhe associa uma tradicional ausência de poder político e económico”.

El primer capítulo del libro presenta una sistematización, aunque sintética, clara y bien estructurada de la teoría del canon literario (Harold Bloom) y de su interrelación con los denominados *Cultural and Gender*